

La feria de los días

MACCARTHY

Joseph MacCarthy —como, para su vergüenza, todos saben —es un nombre que simboliza todavía hoy, entre otras cosas, el fanatismo delator, la difamación obsesiva y el chantaje ideológico. En rigor, fue el nombre de un senador norteamericano que empenó vastas energías en una serie



de investigaciones arbitrarias, en las cuales, con pleno abuso de la autoridad del Congreso de los Estados Unidos, y a pretexto de señalar y descubrir comunistas emboscados en las redes del gobierno y de la sociedad, se manchaba impunemente la reputación de cualquiera.

ÚNICA MEDIDA

Richard Rovere ha pintado con sobriedad elocuente, en un memorable ensayo, el perfil sinuoso de aquel senador por Wisconsin, para quien no existían reglas lógicas, morales ni legales, y cuyo solo código valedero radicaba en los procedimientos por él impuestos y divulgados.

OTRO LIBRO

En estos días, acaba de aparecer otro libro relativo a Joseph MacCarthy, de una índole y una factura muy diversas. El material constituyó originalmente una producción cinematográfica. Las páginas a que me refiero se limitan a recoger un cierto número de imágenes de ese film, la transcripción del diálogo allí expuesto, y un par de textos —uno al principio y el segundo al final del volumen— firmados por David T. Bazelon.

MOCIÓN DE ORDEN

El libro, como la cinta documental, lleva por título *Point of Order!* (¡Moción de orden!) Ambos fueron posibles gracias a que, durante la primavera de 1954, pasaron por televisión, y quedaron registradas en

películas, las audiencias que entonces ventilaron el conflicto entre MacCarthy y los suyos, por una parte, y el ejército de los Estados Unidos, por la otra. “Estas audiencias”, apunta Bazelon, “que ocuparon la atención nacional a lo largo de treinta y seis días, entrañaron a la vez la ‘hora de la verdad’ en la carrera de Joe MacCarthy, y, quizá, el mayor espectáculo político en la historia de los Estados Unidos.” Como después había de suceder, sin duda con más intenso patetismo, en ocasión del asesinato del Presidente Kennedy, “las cámaras de televisión actuaron con el carácter de una fuerza histórica independiente...”

SIN ESFUERZO

Al recorrer las páginas de *Point of Order!* comprende uno sin esfuerzo



los resultados decisivos que obtuvo la transmisión fiel de aquellas sesiones en el Congreso estadounidense. El rostro congestionado del senador por Wisconsin, no menos que sus interminables arengas demagógicas y su insistencia en el sarcasmo fácil

y en la calumnia escandalosa, pusieron en evidencia, al ser revelados por la cámara, la trágica ligereza de la tempestad social que MacCarthy había desencadenado.

CAUSAS Y CAUSANTES

Los causantes directos de la caída de MacCarthy y de su poderío fraudu-



lento no fueron los “subversivos”, sino un grupo de hombres moderados y convencionales que se dejaron guiar por una ordinaria honestidad. Pero en el fondo, fue el disgusto público lo que en aquella época dio al traste con los repugnantes abusos del macartismo

DESGRACIA

Por desgracia, bien que MacCarthy haya sido vencido, y a pesar de su muerte física, todavía se siguen observando residuos de la conspiración contra la libertad intelectual, atentado que él encarnó mejor que nadie dentro del mundo llamado democrático. La historia universal demuestra, en efecto, hasta qué punto es difícil que la razón prevalezca definitivamente sobre las burdas trampas con que los fanáticos suelen enturbiarla.

—J. G. T.

